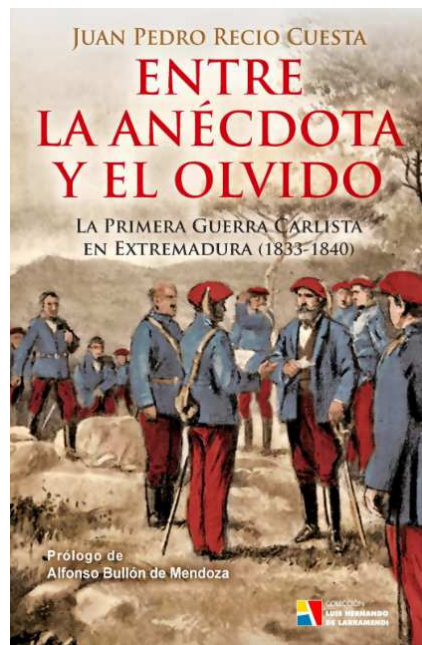


Juan Pedro RECIO CUESTA: *Entre la anécdota y el olvido. La Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)*, Madrid, Editorial Actas, 2015, 518 pp., ISBN: 9788497391498

Daniel Aquillué Domínguez
Universidad de Zaragoza

Entre la necesidad historiográfica y las dimensiones del conflicto carlista, hasta donde llegan las fuentes

La primera Guerra Carlista sigue siendo una gran desconocida, a pesar de la existencia de algunos notables trabajos sobre liberalismo –Burdíel, Romeo, etc.–, carlismo –Rújula, Canal– y la propia guerra –Bullón de Mendoza–. La gran dimensión de la guerra con hasta tres grandes frentes –Norte, Maestrazgo, Cataluña– y otros focos de menor intensidad –La Mancha, Galicia, Extremadura...– y hasta 384.000 soldados movilizados en el bando isabelino; su larga duración de siete años; y su virulencia con cerca de 100.000 bajas en el bando de Isabel II –a lo que habría que sumar las del lado carlista y las importantes violencias de ambas



retaguardias–, parecen no haber sido motivos suficientes para que la historiografía contemporánea le preste una atención exhaustiva. Estas son cuestiones que señalan el prologoista y el autor de esta obra, la cual es bienvenida y necesaria, como casi todos los estudios referidos a un XIX olvidado y a veces cómodamente instalado en consensos historiográficos faltos de revisitación y revisión.

Recio Cuesta nos ofrece una minuciosa reconstrucción de los hechos acaecidos en territorio extremeño entre 1833 y 1840, si bien se remonta acertadamente hasta la Guerra de Independencia y los últimos estertores del Trienio Constitucional. Este detalle, de nombres de personas y lugares, de sucesos, a veces puede redundar en una lectura poco ágil, que resulta complicada para el lector no conocedor del tema o de Extremadura, si bien los mapas insertados convenientemente ayudan. Ahora bien, todos los acontecimientos referidos resultan imprescindibles, desde las conspiraciones de la clerecía palentina a la asonada de Hervás en 1834, o las escaramuzas de la línea de La Mancha. El enlace de todos ellos, y su posterior análisis e interpretación son, precisamente, lo que nos permite la visión del conjunto y de la guerra en su justa dimensión. Eso sí, como señala el autor, hasta donde llegan las fuentes, las cuales son una bendición y un problema a la vez.

Entre las utilizadas para la presente investigación se encuentran los partes de seguridad pública que distintas autoridades remitían, generalmente, al Gobierno Civil o a la Jefatura Política de la provincia. Una fuente poco explotada por los historiadores españoles, pero que ofrece gratas sorpresas y nuevas visiones, como han demostrado, por ejemplo, las investigaciones de Álvaro París –otro historiador que estudia el realismo–. Dicha documen-

tación permite acercarse a la cotidianidad de la política local y desde abajo, así como a la de la guerra y sus desastres. Cuando uno lee el libro y conoce ese tipo de documentos quizás puede quedarse con ganas de saber más sobre las motivaciones e ideario a ras de suelo de aquellos campesinos y artesanos que tomaban el fusil al grito de *viva Carlos V y mueran los negros*.

Tanto en la primera parte de narración de los avatares conspirativos y bélicos, como en la segunda, donde indaga sobre los apoyos al carlismo y sus causas, Juan Pedro Recio hace un empeinado esfuerzo en demostrar al lector la relevancia de Extremadura y sus habitantes en la Guerra Carlista. Una vez se concluye el libro, parece que, a pesar de todo, hasta la llegada de la expedición del general Gómez en otoño de 1836 no se vivió una guerra en territorio extremeño, y esta fue muy estacional y de baja intensidad real salvo en el noroeste valle del Jerte y en la línea de la Mancha. Que las partidas armadas carlistas fuesen de apenas 50 hombres, de unos 400 en su apogeo, y que sostuvieran combates de cierto nivel solo durante dos años hace dudar de una visión de esta región como zona de guerra durante todo el periodo. El intento de organización, centralización y regularización de los carlistas extremeños en armas en su base de Guadalupe fue tardío, efímero y fracasado.

Ahora bien, eso no quita para dos cuestiones que indica el autor y son muy importantes. En primer lugar, la importante politización de la sociedad extremeña en un sentido realista/carlista (aunque también en el liberal), pues tomar un fusil y lanzarse al enfrentamiento abierto era arriesgado y complicado en vista de la dura represión preventiva, tanto de Rodil en los albores del conflicto, como posteriormente durante su desarrollo por parte de todas las autoridades isabelinas. Que las partidas armadas fueran pequeñas no quiere decir que hubiese pocos partidarios de Don Carlos, sino que estos tenían pocas posibilidades materiales de combatir, y aun así estima fueron 1750 hombres. Por su parte, a pesar de las constantes penurias y apuros económicos –menores, eso sí, que en el bando carlista–, las tropas de la Reina –incluyendo cuerpos francos y Milicia– estuvieron mejor dispuestas para la batalla. En segundo lugar, el ambiente de psicosis que vivían las autoridades y poblaciones, atenazadas por los miedos de la guerra. Temores que podían ser *imaginados*, dado que las partidas podían amenazar pero no tomar las grandes ciudades, pero a la vez muy reales, porque los presos carlistas podían confabularse con la parte del clero contrarrevolucionario para hacerse con el control de Badajoz, o porque los carlistas tomaban poblaciones como Castilblanco y Madrigalejo a fines de 1838 –cuando estos parecían estar ya a punto de rendirse–. La guerra estaba muy presente, aunque en realidad no tuviese la envergadura que revestía en otros lugares, porque recordemos algo tremendamente básico: en la guerra muere gente. Igual que ha señalado Raúl Mayoral para la Zaragoza de 1838, la Extremadura de 1833-1840 vivió atenazada por unos miedos que incidieron en las actuaciones políticas y bélicas. La percepción de un estado de guerra y de la posibilidad sentida como factible de que los carlistas extremeños asaltasen Cáceres –después del paso de Gómez que entró sin resistencia– fue muy palpable.

Y es que otra cosa que queda clara es la territorialidad del conflicto, más encendido en la provincia cacereña que en la pacense. Y esta, al margen de los apoyos –sobre todo en el valle del Jerte, que traía de cabeza a las autoridades de la Reina–, se debió también a la orografía, y al tipo de combate –recordemos, cual campo napoleónico todavía–. En todas las “grandes” batallas que narra Recio Cuesta, la caballería fue vital, y ésta siempre fue una

baza que jugaba en favor de Isabel II, pues las cargas en campo abierto –y llano– fácilmente podían flanquear o arrasar a infantes poco organizados sin posibilidad de emboscarse en el terreno. De la misma forma, en su inicio y desarrollo un grupo sociopolítico es clave, no siendo otro que los cuerpos de los extinguidos Voluntarios Realistas de los años 20 y 30. De ellos salieron varios de los cabecillas carlistas extremeños, así como parte de sus integrantes, teniendo la experiencia previa de haber combatido a la hidra revolucionaria –les daba igual se llamase Constitución de 1812, María Cristina o Estatuto Real– en 1822-1823.

En definitiva, la investigación que nos ofrece Juan Pedro Recio Cuesta acerca de la Primera Guerra Carlista en Extremadura es necesaria y solvente, pero hace plantearse si es suficiente. Acotar el campo de estudio es algo pragmático por las circunstancias en que se elabora, pero debemos intentar lanzar interpretaciones más generales, crear redes de investigación para profundizar no solo en los carlistas extremeños de 1833 y 1840, sino también en otros, en sus oponentes, en la politización popular, en las implicaciones de la guerra y sus desastres, etc. Es decir, queda mucho por investigar, en Extremadura y en el resto de España, así como la conexión de los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios europeos y americanos durante el largo siglo XIX.